

«Catalina Park»



Orlando Hernández ha hecho la biografía del "Catalina Park", el centro turístico de Las Palmas de Gran Canaria, en donde los isleños se dan la mano con el mundo entero, especialmente en estas fechas en las que miles y miles de nórdicos pasan la Navidad y el Fin de Año en nuestra Capital. Orlando Hernández ha retratado ese mundo del Parque de Santa Catalina, esa torre de babel en la que se escucha a gentes que hablan todos los idiomas y que dibujan todas las sonrisas; ha retratado a sus personajes: a la famosa "Lolita" -toda amarilla como flor de retama que no detiene ni el regodeo de su primavera; rojo, verde, azul, violeta, blanco, naranja, malva, su estela cualquier otro día, que por algo es el camaleón más pintoresco y voluntarioso del

Catalina Park-, al "Papi", a la "enana" y a tantas y tantos curiosos personajes sedentarios o de paso, que tienen por escenario de su vida la plaza internacional y sus alédaños de Ripoche Street.

El libro del escritor de Agüimes es un documento -escrito en tono sencillo, periodístico diríamos, pero sin marginar sus calidades literarias- y una crónica, variada y colorista, del "submundo de un turismo internacional", que aflora entre un crepitar incesante de viajeros, de vendedores de objetos exóticos, de pintores nómadas y en definitiva, del individuo, local o internacional, entrañado en esa conjunción multicolor del Catalina Park.

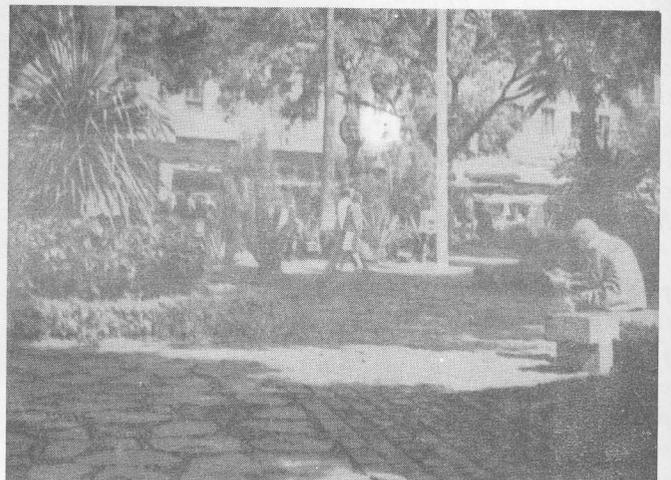
El escritor Jesús María de Arozemena dejó, poco tiempo antes de su fallecimiento, una presentación de este libro, en la cual describía así al Parque de Santa Catalina:

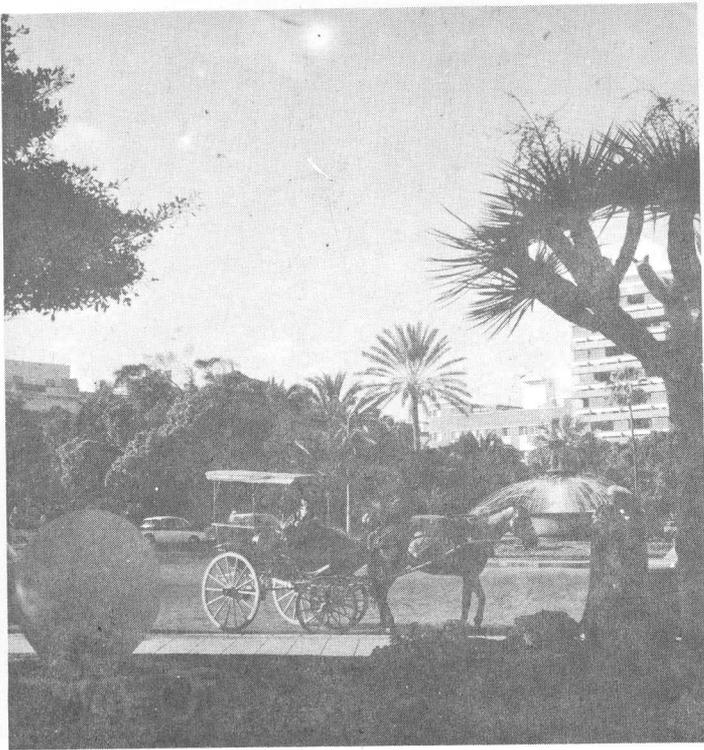
Catalina Park es un centro turístico de primer orden. Las guías lejanas, lo citan —Parque de Santa Catalina o «parque», más corto todavía—; parece que se llamaba en cierto tiempo. Pero eran los canarios los que usaban y siguen usando tales apelativos.

Y cuando aparecieron las lechosas blancuras nórdicas que el sol y la «panza de burro» en ordenado colquio se habían encargado de acangrejar primero y de morenar después, a tirones de una piel vikinga hecha de nieblas y nieves, su obligada visita al parque, mereció el honor de un rebautizo angloparlante. Así nació el Catalina Park, punto de cita y descanso de cuántos durante el día han extendido sus hamacas en Las Canteras.

Porque el parque es distinto, tan distinto que no parece el mismo, de día y de noche, o por ser más exacto, a partir del atardecer. Durante el día es como una plaza de capital de provincia —con esa barbería que se llama «La Única»—; sus tenderetes donde se venden tabaco y periódicos y chokolatinas y chicle y figuras de madera negroide, bazares donde lo divertido es regatear, perfumerías, *boutiques* y cafés. Una tabaquería y una farmacia, frente a frente a las dos orillas de Ripoche Street dan un tono serio a un rincón del que son sus dueños los limpiabotas, que lustran el calzado, hablando siempre entre ellos y casi nunca con el cliente.

Al pie de un árbol, en un banco circular, se sientan los viejos. Los cafés acogen a una clientela local y los camareros hacen un leve precalentamiento para lo que será su maratón a partir de las seis de la tarde.





Entonces, todo ha cambiado; no se encuentra una silla libre en los bares, de las que el «Derby» es siempre el más favorecido. Suenan músicas encontradas que chocan y no molestan. Y por delante de los «cubalibres», de los whiskies y de los «cortados», empieza a desfilar un mundo que sólo aparece en esas horas y que desde las once de la noche se instala campamentalmente a las puertas de los «go-gós» y de las discotecas que hay establecidas en pugna por llevarse la variada clientela. Pasa, desafiante, el bronce perpetuo de la isla tentando con los ojos imperturbables a las extranjeras.

Ripoche Street es otra cosa. Es el paso y el paseo hacia los centros de diversión, hacia Las Canteras, hacia los apartamentos... En Ripoche no se ven las esquinas; todas están llenas de gente. ¿Qué hacen? Nada. Ripochear. Es un verbo nuevo, el de la espera y el traslado de unos a otros, el de la conversación con quien pasa en su coche despacio, mirando...

Suenan las máquinas tragaperras, alguien se acerca a pedir fuego, en «La Madrileña» se hacen unos churros deliciosos casi las veinticuatro horas del día... Todos se conocen en Ripoche Street. Casi forman una familia, a veces no demasiado bien avenida; las peleas y las malas caras duran poco.

En la alta madrugada el parque y Ripoche toman un momento de reposo. Pero siempre queda alguien que pasea, que se apoya en el puestecillo cerrado o que se sienta en un banco o en las sillas.

Orlando Hernández conoce ese mundo, porque su obligación es estar con los ojos abiertos, medir las distancias, perderse en las palabras y en los silencios de la noche. Y como es un gran escritor, sin que le tiemble la mano empieza a tomar sus notas para este libro o para aquel artículo.

Con este libro, Orlando Hernández ha aportado un cumplido documento del "Catalina Park", de singular interés para locales y visitantes, y también para la pequeña historia de nuestra capital.

Conferencia sobre los convenios colectivos de trabajo

El profesor Alonso Olea habló en el C. I. E. S.



Continuando con el examen de cuestiones económico-sociales que en este año han desarrollado los profesores Salustiano del Campo y Luis Angel Rojo, nuestro Centro de Investigación Económica y Social convocó nuevamente para una conferencia sobre el tema: "Origen, desenvolvimiento y significado actual del convenio colectivo", fue el enunciado de la disertación que pronunció Don Manuel Alonso Olea, catedrático de Derecho del Trabajo de la Universidad de Madrid y presidente del Tribunal Central de Trabajo, en acto celebrado el día 1 de este mes de diciembre en el salón de actos Humiaga, al que asistió numerosísimo público.

El profesor Alonso Olea desarrolló su explicación con excepcional altura y rigor jurídico, ciñendo el contenido de la misma dentro de parámetros doctrinales que si bien no descendieron a aspectos del derecho positivo español, sin embargo fijaron conceptos e ideas tanto desde un plano histórico como dentro de los "status" actuales en nuestro país y en el extranjero.

Con profunda filosofía jurídica el disertante fue analizando las causas originadoras de la negociación colectiva, así como su naturaleza, deteniéndose sobre todo en su estrecha relación con los sindicatos como recíproca necesidad para la existencia de éstos y de la norma paccionada de trabajo. Aludió asimismo, a otras cuestiones como la de la obligatoriedad para negociar aunque no para convenir, la de política de rentas salariales y la absorción y compensación de salarios, dentro de las dificultades de su desenvolvimiento.

Consideró a esta fuente del derecho laboral de excepcional eficacia para las relaciones entre trabajadores y empresarios al poder establecer los interesados sus propias condiciones de trabajo, que no sólo se han de referir a la regulación de las bases salariales sino que deben alcanzar a capítulos tan sustanciales como la seguridad e higiene en el trabajo y a las prestaciones de la seguridad social.